

El soldadito de plomo

O la tragedia clásica en la caja de juguetes

Blanca Álvarez*

GABRIEL HERNÁNDEZ, «EL VALIENTE SOLDADITO DE PLOMO», EN CUENTOS DE ANDERSEN, ANAYA, 1999.



El soldadito, la bailarina, el troll y los demás juguetes del cuento son los personajes que más se parecen a los de una tragedia griega. Andersen convierte, además, la pasión del soldadito y la bailarina en una historia de amor triste, porque ha de esperar a la muerte para concretarse y hacerse posible.

Andersen compartió siglo aunque no inquietudes literarias con E. T. A. Hoffmann, quien tiene un relato similar al presente, famoso especialmente por el ballet que inspiró a Chaikovski, *Cascanueces y el rey de los ratones*; las similitudes se terminan en la utilización del plano «irreal» de los juguetes adquiriendo vida propia, ya que, en el caso de Hoffmann niños y juguetes interactúan imprimiendo vida a Cascanueces quien se enamora de la niña Clara, aunque finalmente toda la aventura termina por convertirse en un sueño de la pequeña.

Andersen mantiene la melancolía de sus finales, felices en un plano, tristes en otro: los amantes quedan unidos para siempre, pero en la muerte. Claro que, al tratarse de juguetes, la trasgresión podía ser permitida.

Nuestro danés tiene clara conciencia de no ser un recopilador de los cuentos tradicionales: «*El cuadernillo* (se refiere al primer volumen de sus cuentos) se cerraba con uno original, que pareció agrandar más que los demás, pese a que estaba bastante relacionado con un cuento de Hoffmann». Cabría preguntarse si «gustó», precisamente por no ser del autor alemán con toda su carga de malditismo. Estamos, por tanto, frente a alguien con clara conciencia de ser un creador literario, de ahí dos diferencias sustanciales en la trama de su historia:

—Una defensa a ultranza del importante «honor militar» en la época; un honor basado más en formas que en esencias, capaz de impedir al pobre soldadito pedir ayuda para salvarse o incluso llorar, aunque fueran *lágrimas de plomo*. La primera guerra mundial pondría en serio jaque tal idea del honor militar, como la literatura posterior demostró. Y también resultaría impensable en un «héroe popular» como aquellos que transitan por los cuentos de tradición oral popular, donde lo importante es la supervivencia y la picaresca resulta esencial para lograrla. El héroe de nuestro relato se inscribe en la, ya para entonces decadente, esencia de los héroes clásicos, justo cuando comienzan a ponerse en boga los héroes del romanticismo negro, o gótico, más cercanos a la maldad de un arcángel caído (Goethe ya había reivindicado el heroísmo hermoso



JAVIER SÁEZ CASTÁN, EL VALIENTE SOLDADITO DE PLOMO, ANAYA, 2004.

y maldito del diablo) y al deshonor oficial por perseguir el honor de los sentimientos.

—El amor romántico, voluntario y no subordinado al desarrollo lógico de la historia; es decir, el soldadito y la bailarina de papel se eligen a sí mismos, sin esperar a que sea el destino quien los una «por necesidad narrativa», como sucede en los relatos tradicionales. Claro que, para equilibrar, el autor convierte su pasión en una historia de amor triste, porque ha de esperar a la muerte para concretarse y hacerse posible.

Una historia entre iguales

No es casual la elección del juguete; los soldaditos de plomo fueron uno de los juguetes más preciados durante años

por los niños, para representar en sus juegos el papel deseado al ser adultos. Algo no lejano en nuestra cultura en la que la tradición juguetera exige la misma identificación, eso sí, con otros uniformes y otros materiales. Pero a nuestro soldadito le falta una pierna: mantiene la mirada al frente y la postura firme de sus compañeros, pero el plomo de la cuchara no alcanzó para terminarlo y le falta una pierna. No es un soldado normal. Y es justo por esa «diferencia» por la que «merece» la historia y el protagonismo en ella, al igual que otros personajes «diferentes» en los cuentos tradicionales. Y claro, la bailarina también: «... y tenía una de las piernas tan levantada, que el soldadito de plomo no llegaba a verla y creyó que sólo tenía una pierna... ¡Tengo que conocerla!».

El amor busca la identidad en el otro



GABRIEL HERNÁNDEZ, «EL VALIENTE SOLDADITO DE PLOMO» EN CUENTOS DE ANDERSEN, ANAYA, 1999.

para salvar la diferencia. Esa vieja máxima de «almas gemelas», o trozos separados de la misma estrella, o naranja platónica, en realidad responde a necesidad del amante por identificarse en el otro, tan disímil como él mismo, y crear una «nueva entidad» hermanada por la diferencia común.

En una versión primera atribuida al autor, los dos amantes llegan a tener una relación negada en la versión definitiva. Así cuando el troll, o diablejo en esa anterior, lo amenaza, existe una respuesta de ella:

«—¡Eh, tú!, ¡Deja de mirar a la bailarina!

El pobre soldadito se ruborizó, pero la bailarina, muy gentil, lo consoló:

—No le hagas caso, es un envidioso. Yo estoy muy contenta de hablar contigo.»

En la versión más conocida se limitan a miradas tiernas por parte del soldadito; ella, en su papel, permanece estática.

El troll, o el diablejo, según las versiones, ejerce el papel de vigilante del orden, de la moral establecida. Recorde-

mos que Andersen no «recopila» los cuentos tradicionales como los hermanos Grimm; los utiliza, a ellos, a su evocación y a los supuestos lectores a los que van dirigidos, por lo tanto, cualquier «descarrilamiento» del orden imperante y que trasiega por multitud de esos cuentos tradicionales, no tiene cabida en este autor con plena conciencia de ser un creador literario de sus propias historias, no de las dictadas por la tradición, pero sí dirigidas a un muy específico grupo social, selecto, burgués y esencialmente femenino, frente al que él mismo leía sus textos en audiciones públicas.

Estructura de tragedia clásica

Nuestro soldadito, su amada, el troll y los demás juguetes, son, por definición, los personajes que más se parecen a los de una tragedia griega, de Sófocles, por ejemplo. Personajes condenados a vivir peripecias no buscadas y que finalmente se ven abocados a que sea el destino, el *fatum*, el que decida su participación. Y, al igual que en las tragedias clásicas, existen dos planos:

—El de los humanos que «padecen» la historia —en el caso del presente relato representados por los juguetes—.

—El de los dioses que, finalmente, deciden la suerte que han de correr los humanos (aquí serían los niños, y también los adultos, quienes ejerzan la jerarquía de los dioses como dueños de su destino).

Son los niños los que colocan al soldadito de plomo en la ventana y el viento, o el troll, culminan el acto, de modo que «... de pronto, la ventana se abrió y el soldadito cayó de cabeza desde el tercer piso».

De este modo, nuestro héroe se ve abocado, sin desearlo ni buscarlo, a un viaje iniciático que, tal como parecen establecer los dioses, culminará en brazos de la bailarina, aunque, naturalmente, todo parece estar contra esa unión.

El soldadito ha de cumplir con su papel de soldado, al fin y al cabo, eso es aunque su cuerpo, en lugar de carne, sea plomo; así, cuando la criada y el niño bajan a buscarlo no lo ven: «...Si el soldadito hubiera gritado ¡estoy aquí! habrían podido encontrarlo, pero no le pa-

reció conveniente gritar, pues iba de uniforme». Y como en las mejores tragedias, el personaje ha de responder a su papel, incluso a riesgo de su propia vida, puesto que por encima está el honor.

En ese viaje del soldadito, no es él quien interviene, se deja llevar y son «las circunstancias» las que lo van empujando, literalmente por el riachuelo de la cloaca, figuradamente porque no existe ninguna voluntad ni deseo en él de intervenir. Su naturaleza de juguete lo aboca a la quietud, lo cual no impidió antes el enamoramiento. «Me pregunto si podré regresar a casa», pregunta retórica puesto que ni una sola iniciativa parte de él mismo para hacer realidad ese deseo. Simplemente, se deja llevar. Un comportamiento totalmente opuesto al de los protagonistas de los cuentos tradicionales, caso de Pulgarcito, abocados, por las circunstancias, a unas aventuras donde no sólo intervienen, sino

que manipulan para sus propios fines.

Y en los momentos peores, se reafirma en su papel de valeroso soldado, evidentemente tan sólo para dejarse llevar cuando el barquito de papel se hunde y el agua le cubre la cabeza:

«Entonces pensó en la preciosa bailarina a la que no volvería a ver más, y en los oídos del soldadito de plomo sonó la canción:

¡A marchar, soldado, a marchar,
ante la muerte no debes temblar!»

Un código de honor muy al gusto militar, sin cuestionarse la justicia o injusticia de esa muerte, sin rebelarse siquiera contra ella: asumiéndola como si formara parte de los deberes propios del uniforme que porta. ¿Cuántos consejos de guerra se celebrarían poco después, durante la primera guerra mundial, por cuestionarse tal honor? Pero un escritor

como Andersen no podía permitirse cuestionar el honor militar sabiendo que la lectura de sus cuentos se dirigía a esas señoritas que miraba arrobadas los llamativos uniformes.

La transgresión gótica de su contemporáneo Hoffmann no tiene cabida en este danés. Curiosamente, ambos comparten también el gusto por la composición musical, ambos sin descollar en dicho ámbito. Además, Andersen aspira a la creación «propia» con más ahínco que otros a la recopilación de cuentos populares. Este relato fue leído, o contado, desde el escenario real y en teatros privados, luego no podía saltarse determinadas normas tenidas en su época por «correctas e inapelables».

Continuando el ritual de la tragedia, para regresar al origen de su aventura, el soldadito ha de ser devorado por un pez; como Jonás, optó por ver qué le tenía reservado el destino: «... el soldadito de

¿Fotocopias o escaneas?

Si en tu empresa o institución se
fotocopian o escanean libros y revistas,
solicita la licencia en

CEDRO
CENTRO ESPAÑOL DE DERECHOS REPOGRÁFICOS

tel.: 91 702 19 71
licencias@cedro.org
www.cedro.org

Licencia de CEDRO

1. *f. Der. Autorización* para fotocopiar y escanear fragmentos de libros y revistas respetando los derechos de sus autores y editores.
2. *f. Certificado* de calidad legal: la licencia facilita a empresas e instituciones el cumplimiento de la Ley de Propiedad Intelectual.



JAVIER SÁEZ CASTÁN, EL VALIENTE SOLDADITO DE PLOMO, ANAYA, 2004.

plomo era valiente y seguía allí tumbado muy firme y con su fusil al hombro». Rídiculo, optaría por pensar un lector crítico.

En el interior de ese pez llega a la casa de donde lo expulsó el destino para concluirlo.

El amor triste o la felicidad en la muerte

Tal vez en el final de esta historia quede el gusto romántico, más patente incluso que en el final de *La sirenita*, con el añadido del final triste pero feliz. Su soldadito no es un amante desgarrado ni tiene ninguno de los rasgos de los héroes románticos; en su apatía se parece más a los personajes masculinos

más tradicionales, esos cuya participación se limitaba a dar cabida al desarrollo del drama: besar a la durmiente; elegir a la más bella; abandonar el reino para que suceda aquello que ha de suceder..., etc.

El soldadito y la bailarina se amaron al reconocerse diferentes al resto, algo que no veía bien el guardián del orden entre los juguetes; entonces, ¿cómo conseguir que triunfe el amor y lo correcto al tiempo y sin los desgarros de héroes románticos como Heathcliff, un malditismo jamás tolerado por Andersen? La respuesta al dilema está en la resolución de la presente tragedia. Y, muy al estilo del autor, el final representa un círculo casi perfecto que se abre y se cierra en el mismo lugar, eso sí, sin que reciban cas-

tigo el troll por su negativa participación en la historia de amor, como si las leyes oficiales esperasen, a la vez, ver triunfar el amor romántico pero recibiendo el merecido castigo a su osadía.

Todo parece concluir con el regreso del soldadito a la casa donde está su amada bailarina; podría esperarse un final feliz viviendo ambos en el castillo donde baila permanentemente su amada, pero el autor da una vuelta de tuerca al final, muy al gusto en gran parte de sus relatos: «En esto, uno de los niños tiró al soldadito a la chimenea, sin dar ninguna explicación para ello. Seguramente sería culpa del troll».

Bueno, o del destino, o del simple capricho de los dioses que disfrutan añadiendo pesares a los humanos con quienes juegan mientras los abocan a la tragedia. Aquí se añade un curioso detalle del más puro romanticismo: «El soldadito de plomo quedó deslumbrado y sintió un calor horroroso, pero no sabía bien si era por el fuego o por el amor...».

Curiosamente, un delicado y hermoso cuento de la tradición sufi, habla de tres mariposas y una vela: la primera se acercó hasta sentir el calor en sus alas, se retiró y dijo «he visto el amor»; la segunda se acercó más, hasta que sus alas se chamuscaron, y dijo «he probado el amor»; la tercera, directamente se lanzó a la llama hasta convertirse en ceniza. Ésa fue la que realmente probó el amor.

De nuevo, el azar de una puerta que se abre lanza a la bailarina al mismo fuego arrastrada por el viento: «...Voló como una sílfide hasta la chimenea y cayó al lado del soldadito de plomo, soltó una llamarada y desapareció».

Entre las cenizas que retira la criada se encuentra un corazón, o bola, de plomo, y descansando sobre él una estrella o lentejuela, la misma que llevaba prendida en la cintura la bailarina.

De este modo, los amantes encuentran un lugar donde poder amarse, en el territorio de la muerte, como los más afamados amantes de la tragedia clásica, donde no molestan ni con su diferencia ni con su amor; el lugar simbólico donde no se altera el orden pero, por eso mismo, puede respetarse el sentimiento. ■

*Blanca Álvarez es escritora y periodista.